

Jorge Medina E., Pbro.

LA EUCARISTIA, UN SACRIFICIO

EL PROBLEMA.

A nadie que haya leído con mediana atención las Sagradas Escrituras puede ocultarse la importancia que tiene en la revelación de Dios la actividad cultual y, dentro de ella, el ofrecimiento del sacrificio. Bastará simplemente recordar que la muerte del Señor es un sacrificio (1) y que también lo es la celebración de la Eucaristía (2) para tener ya una idea inicial de la importancia del asunto. A la luz de estos dos hechos fundamentales de la vida de la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo, podemos comprender mejor el porqué de la insistencia de la Antigua Ley en la legislación sacrificial, y nos resultan bien explicables las palabras con que el Libro Santo se refiere a la conducta sacerdotalmente indigna de los hijos de Helí: "El pecado de ellos era muy grande delante de Yahvé porque trataban con desprecio la ofrenda hecha a Yahvé" (3).

Sin embargo, la importancia de la doctrina sacrificial no se refleja en un gran progreso de su investigación, lo que es evidente con sólo considerar la divergencia de pareceres sobre la misma definición de sacrificio (4). Más aún, los siglos transcurridos desde el Concilio de Trento hasta comienzos del actual, marcan, a juicio del P. Mauricio de la Taille, un verdadero retroceso (5). Pero la restauración litúrgica impulsada vigorosamente por S. Pío X y continuada por Pío XII y por S. Juan XXIII abre perspectivas de importancia ya que si la Liturgia es el centro de la vida eclesial, el Sacrificio es el centro de la Liturgia, o mejor aún, es LA LITURGIA misma (6).

El poco desarrollo de la doctrina no ha dejado de tener consecuencias prácticas. Entre ellas cabe notar que a partir de Trento, y por oposición a las doctrinas protestantes, el dogma de la presencia real ha monopolizado la piedad eucarística.

(1) 1 Cor., 5, 7; Hbr., 9, 11 ss. Cf. S. Tomás, Suma Teológica, 3, 48, 3.

(2) 1 Cor, 10, 14 ss.; 11, 17 ss.

(3) 1 Sam, 2, 17. El texto se cita según la versión de los LXX. La Vulgata traduce: "El pecado de ellos era muy grande delante de Dios, porque apartaban a los hombres del sacrificio del Señor". El texto hebreo corresponde mejor a la Vulgata, pero los estudios críticos lo consideran menos seguro. En todo caso el sentido básico es el mismo.

(4) Cf. Ives de Montcheuil, S.J., "Mélanges théologiques", p. 50, Aubier 1946. También Franzelin "De Eucharistia", ed. 1873, p. 381 ss.

(5) "Esquisse du Mystère de la Foi", Beauchesne 1924, p. 51 s.

(6) Así llaman los griegos a la celebración del Sacrificio eucarístico.

rística. Y si la sacramentalidad de la Eucaristía es frecuentemente mal enfocada, el aspecto sacrificial es casi desconocido. Así, la S. Misa ha llegado a constituir para muchos "un rito productivo de comuniones, una ceremonia destinada a asegurarnos o proporcionarnos hostias consagradas para llenar copones y colocar en las custodias" (7). Y sin temor de exagerar podemos decir que para un número considerable de fieles la asistencia a la Santa Misa es simplemente el cumplimiento de una práctica, poco inteligible por lo demás, indispensable para no caer en pecado mortal y que constituye una buena ocasión para "rezar", cosas ciertas, sí, pero que suponen algo mucho más fundamental. La Recepción frecuente de la S. Comunión fuera de la Misa, sin causa razonable, es un signo de tal estado de cosas. En este punto nuestra responsabilidad de educadores (sacerdotes, religiosas, padres de familia, etc.) es algo grave, urgente e ineludible, y añadimos con certeza, de primer plano.

EL SACRIFICIO ES UN SIGNO.

Santo Tomás nos advierte que el ofrecimiento del sacrificio tiene por finalidad significar algo (9). Esta primera observación nos pone en guardia frente a una posible deformación de la religiosidad que consiste en atender de tal modo al signo, a lo exterior, a lo sensible, que se deja en la penumbra lo significado, lo interior, lo inteligible. Esta desviación, que solemos identificar con el espíritu farisaico (10), vacía el culto de su contenido y lo reduce a un cuerpo plásticamente armónico pero inerte. Este es el escollo que no saben evitar los que piensan que el sentido de la Liturgia se identifica con la realización estética de la exterioridad del culto (11).

Sin embargo, la preocupación constante del sacerdote por apartar al pueblo cristiano del peligro de la exterioridad, o mejor exteriorización, no es excusa para descuidar la presentación sensible del signo: sería sucumbir a la tentación de un falso espiritualismo, de un angelismo inhumano. Si la exterioridad contiene el absur-

(7) Can. A. Croegaert "Les rites et les prières du Saint Sacrifice de la Messe", vol. 3, p. 160.

(8) "Es por lo demás muy oportuno que el pueblo se acerque a la comunión después que el sacerdote ha recibido el divino alimento del altar, lo cual por otra parte es lo que la Liturgia establece; y, como ya lo hemos dicho, son dignos de alabanza aquellos que, presentes al Santo Sacrificio, reciben hostias consagradas en él. de tal manera que verdaderamente suceda que "cuántos recibiéremos de este altar la participación del sacrosanto Cuerpo y Sangre de tu Hijo, seamos colmados de toda bendición y gracia celestial". Sin embargo no faltan a veces causas, y no pocas veces, en virtud de las cuales se distribuye el pan eucarístico antes o después del mismo Sacrificio, y por las que, aún cuando la distribución de la comunión tenga lugar inmediatamente después de la del sacerdote, se haga con hostias consagradas anteriormente... Y si la Iglesia con maternal indulgencia trata de subvenir a las necesidades espirituales de sus hijos (permitiendo tales prácticas), éstos, por su parte, no deben tomar con ligereza lo que aconseja la Liturgia, y poner en práctica, toda vez que no lo impida una causa digna de aprobación, todas aquellas cosas por las cuales la viviente unidad del Cuerpo Místico aparece más claramente junto al altar", Pío XII, Encíclica "Mediator Dei", AAS 1947, p. 565 s.

(9) S. Th., 2-2, 85, 1, c.; 2, c.

(10) Cf. Mt. 23, 1 ss.; Lc. 18, 9-14.

(11) Cf. "Mediator Dei", p. 530 ss.

do de olvidar lo significado por atender al signo, el descuido de lo exterior puede nacer de una insuficiente reflexión sobre la grandeza de lo significado, lo que es ciertamente una muestra de superficialidad. Son elocuentes las expresiones del Profeta: "Un hijo honra a su padre; un siervo teme a su señor. Mas, si Yo soy padre, ¿dónde está mi honor? Si yo soy Señor, ¿dónde está mi temor? os dice Yahvé de los ejércitos, a vosotros sacerdotes que despreciáis mi Nombre. Mas vosotros decís: ¿En qué lo hemos profanado? Pensando: la mesa de Yahvé es despreciable. Cuando traéis animales ciegos para el sacrificio, ¿no está mal hecho? Cuando los traéis cojos o enfermos, ¿no está mal hecho? ¡Preséntalas a tu príncipe! ¿Estará contento, o te recibirá bien?" (12).

Conducir a los hombres a través del signo hacia lo significado, he ahí un primer objetivo del apostolado litúrgico.

Pero estas observaciones sobre la naturaleza del signo nos llevan a un problema ulterior: ¿Se justifica el empleo de los signos en el culto? ¿No es suficiente la sola actitud interior del espíritu? Ya se ha dicho que el elemento interior es indispensable; consideremos ahora el exterior.

El elemento exterior de la religión se justifica plenamente tanto en el campo individual como en el social.

En el plano individual hay tres órdenes de razones. El primero arranca de la naturaleza misma del hombre: compuesto de cuerpo y alma es justo que rinda homenaje a Dios usando la totalidad del ser que recibió de El. Y cuando el culto reviste carácter de satisfacción ofrecida a Dios por el pecado, esta razón se hace más poderosa aún. El segundo, que es como derivado del anterior, procede de la consideración del modo como el hombre llega a conocer: a través de lo sensible. Lo exterior tiene un influjo en lo interior; lo precede a veces en más de un aspecto, más aún, lo causa. Y finalmente una tercera motivación, nacida también de la primera: la unidad del compuesto humano hace que lo interior tienda a manifestarse en lo exterior, como una resultante natural. La primera fuente de la necesidad de un culto exterior podría calificarse de ontológica; la segunda y la tercera representan las raíces psicológicas.

Pero hay también una justificación de orden social. Dios no sólo es autor de los individuos, sino también de la sociedad. Y por eso es acreedor no sólo a un culto personal, sino también comunitario. Por lo demás, ¿quién puede poner en duda el influjo poderoso, y a veces decisivo, que un conjunto humano ejerce sobre sus miembros? Si tal influjo puede ser moralmente favorable puede, por lo mismo, ser legítimo. Y, ¿cómo podría ejercitarse si lo externo no representara un medio de comunicación social que hiciera posible este factor de enriquecimiento? Dos nuevas justificaciones, en el plano social esta vez, legitiman el culto externo, la existencia del signo: la primera consiste en que lo externo es condición absoluta para que se dé el hecho social en cualquier campo que sea; la segunda en el aporte positivo que lo social trae a lo personal (13).

(12) Mal. 1, 6-8.

(13) Cf. S. Th., 2-2, 83, 12, c.; In Boet. de Trin. 3, 2, c.; In. 3 Sent. d. 9, q. 1, a. 3, qa. 3, ad 2 m.

Lo anterior explica sobradamente por qué Santo Tomás ha llegado hasta afirmar que el ofrecimiento del sacrificio representa una actividad humana religiosa que arranca del mismo derecho natural (14).

Muchas reflexiones podrían hacerse sobre la base de lo dicho y no sin importancia: la necesidad intrínseca del culto eucarístico sacrificial; su carácter social; la importancia fundamental de la comprensión del signo, serían títulos que no pueden menos de imponerse a la consideración del pastor de almas. Pero el desarrollo de esas consideraciones no es el objeto de este artículo.

¿SIGNO DE QUE?

Es bastante claro que Dios no necesita materialmente de nuestros dones. "Si tengo hambre no iré a decírtelo porque la tierra es mía y lo que ella contiene. ¿Voy a comer la carne de los toros? ¿voy a beber la sangre de los carneros?" (15). Y por lo demás, supuesta tal necesidad, su dominio absoluto por derecho de creación no requeriría en modo alguno un obsequio del hombre. Así aparece más claro aún el papel de significar que tiene el don sacrificial. Es este papel lo que justifica el empleo de algo sensible frente al invisible. Y por eso mismo el interrogante se hace más urgente: ¿qué es lo que se pretende significar? Digámoslo con una sola palabra: *la vida*. El Angélico, analizando las cosas que se ofrecían en la Antigua Alianza, dice que "aquellas cosas que proceden o nacen de la tierra y son usadas por el hombre, o lo son como alimento, y de entre ellos se ofrecía pan, o lo son como bebida, y de ellas se ofrecía vino, o sirven para condimentar, y de ellas se ofrecía aceite y sal, o lo son para remedio, de los cuales se ofrecía incienso..." (16). Cuando se detiene en los animales que se empleaban en el culto sacrificial indica que convenía usar esos precisamente "porque ellos son los que más concurren al sustento de la vida humana" (17). Y aún explica que se les quitara la vida y se asaran porque "así se hacen aptos para el uso humano" (18).

Así pues, lo significado por el sacrificio es simplemente y nada menos que la vida total del hombre que se entrega y orienta a la divinidad. Y porque es la vida total la que se ofrece, sólo a Dios puede dirigirse el signo de una entrega tan absoluta (19). Desde este punto de la doctrina sacrificial es fácil comprender hasta dónde de la recta inteligencia de lo que implica el signo incorpora al hombre en la línea

(14) S. Th., 2-2, 85, 1.c.

(15) Salmo 49 (Vg.; Hebr. 50), 13.

(16) S. Th., 1-2, 102, 3, ad 13 m.

(17) Ibid. ad 2 m.

(18) Ibid. ad 5 m. Sea lo que fuere del contenido religioso del sacrificio en otras religiones primitivas, la crítica moderna llega, para el caso de Israel, a las mismas conclusiones que Sto. Tomás. Cf. por ejemplo Edmond Jacob, "*Theologie de l'Ancien Testament*", Delachaux & Niestle, 1955, pág. 218.

(19) "Y aunque la Iglesia haya acostumbrado celebrar de tiempo en tiempo algunas Misas en honor y memoria de los santos, no enseña sin embargo que a ellos se ofrezca el sacrificio, sino a Dios sólo, que los coronó". Concilio de Trento, Sesión 22, cap. 3; Denz. 1941.

básica de sus relaciones con Dios: la adoración, la glorificación, el amor de El por ser Quien es. Es cierto que nada de esto excluye el provecho del hombre, pero no es menos cierto que lo fundamental es la gloria de Dios. Y en una época en que el utilitarismo ha hecho estragos en todos los sectores de la vida, la teología sacrificial está llamada a hacer volver a los hombres suaviter et fortiter a los fueros de Dios.

Cuando el hombre se incorpora conscientemente a este movimiento ascensional que está significado objetivamente por el sacrificio, entonces éste, que es en sí un "signo", deviene "gesto" (20). Es decir que lo que es algo exterior llega a tener un contenido y, por eso mismo, razón de ser como expresión religiosa. Pocas cosas hay tan odiosas a Dios como un signo que no es gesto personal. Podemos compararlo con cualquier ropaje externo vacío de realidad: teatro o hipocresía. Y Dios no acepta ni lo uno ni lo otro (21).

LA EUCARISTIA, SIGNO Y GESTO.

La materia que escogió Jesús para perpetuar en su Iglesia la presencia de su Sacrificio fue sin duda tradicional: pan y vino. Poseía y posee una profunda significación en relación con la vida del hombre. Pero la presencia real del Señor bajo las especies eucarísticas viene a dar un contenido de entrega vital al signo sacramental como jamás lo tuvo otro sacrificio: ese contenido es la entrega de Cristo, la más plena que puede existir. Y por eso la celebración sacramental de la Eucaristía es siempre un gesto, tiene siempre un contenido, y esa es la razón por la cual siempre es agradable a Dios. Nunca es vacía. Si los sacrificios de la Antigua Alianza eran en cierto modo siempre gratos a Dios, lo eran en cuanto decían relación con el único sacrificio plenario de todos los tiempos: el de Cristo.

Pero la Eucaristía no es solamente signo y gesto de Cristo: lo es también de la Iglesia, Cuerpo Místico, Cristo total. En cada Misa se significa y se expresa la entrega de la Iglesia Universal a Dios y esa entrega es algo real porque la caridad es patrimonio de la Iglesia y su santidad hace que por respecto a ella la Misa sea también un gesto lleno de contenido.

Y finalmente la Misa es signo y debe ser gesto de cada uno de los que asisten a ella. Podrá el que asiste en estado de pecado no agravar su situación con una inasistencia más, pero ciertamente el signo sacrificial permanece para él vacío de sentido. Y si la Iglesia lo obliga, a pesar de todo, a la asistencia, ello puede interpretarse o por la esperanza de que la Liturgia de la Palabra le sirva de medicina, o para que los signos del culto lo conduzcan a reencontrarse con Dios, o para que el ejemplo de otros lo mueva, o tal vez, para hacerle sentir toda la dureza

(20) La expresión, feliz y sugerente, es de E. Masure en "Le sacrifice du Corps Mystique". Desclée, Paris 1949.

(21) En la primera oración se ha traducido la palabra latina "sanctifica" por "consagra" ya que ese es su sentido bíblico y, en el lugar del caso, también litúrgico. En la primera oración se tradujo la palabra latina "hostia" por "víctima" que, aunque no es precisamente equivalente, evita con todo una confusión. Otros ejemplos de lo mismo pueden verse en el Sacramentario Gelasiano, PL, 74, col. 1065 y 1077.

de la paradoja de participar externamente en un signo de entrega que por la adhesión al pecado no es en su caso, y para él, sino un ropaje vacío. No queremos agrupar aquí a todos los pecadores en una categoría común: sólo el Señor sabe el grado de sinceridad con que cada uno de nosotros ofrece el signo sagrado.

Dos textos litúrgicos se nos presentan como profundamente sugestivos de cuanto se ha dicho. El primero corresponde a la secreta de la fiesta de la Santísima Trinidad: "Consagra, Señor y Dios nuestro, te rogamos, por la invocación de tu Santo Nombre, la víctima de esta oblación y haz por ella que nosotros mismos seamos para Ti un don eterno". El segundo aparece en la secreta de la Misa votiva de Nuestro Señor Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote: "Nuestro mediador, Jesucristo, haga, Señor, aceptables estos dones y nos presente unidos a El como hostias agradables a Ti".

Ahora aparecen más claros el sentido sacrificial de la comunión eucarística: no es un simple acto de devoción privada ordenado exclusivamente a nuestro provecho espiritual, sino que es el acto por el cual rubricamos con un gesto personal el signo de nuestra oblación. Y por eso es lógico el deseo vehemente de la Iglesia de que los que asisten a Misa reciben el Cuerpo del Señor, y que lo reciban en el momento litúrgico (22).

Lo dicho nos lleva a una última conclusión: puesto que la celebración de la Eucaristía es un sacrificio, su finalidad primordial es la glorificación de Dios. Todo otro objetivo o fruto está subordinado a aquél, depende de él, y por lo mismo no debe oscurecerlo en la mente del cristiano. He aquí algo que nos proporciona tema de examen sobre la formación de una verdadera piedad eucarística.

(22) "Desearía el sacrosanto Concilio que en cada Misa los fieles presentes... comulgaran recibiendo la EUCARISTIA..." Conc., trid., sess. 22, c. 6; DENZ, 944.